

Al pueblo declaró lo sucedido ;
 Y cosas necesarias proveídas,
 Luego volvió por el doctor perdido,
 Cuyas fuerzas estaban ya caídas,
 Pues en Coro halló recién venido
 Al obispo Rodrigo de Bastidas,
 Con provision real y poder lleno
 Para poder regir aquel terreno.

Mandándole también, que si volviese
 A la isla donde era residente,
 Entre varones nobles escogiese,
 O por gobernador ó por teniente,
 A la persona que le pareciese
 Ser para tales cargos suficiente,
 Y quel dicho doctor fuese privado,
 A causa de estar mal acreditado.

Y así, después de dar su residencia,
 A la Española yendo ya camino
 Para se presentar en el audiencia,
 Tempestuoso tiempo sobrevino,
 Con tan impetuosa violencia
 Y tan exorbitante torbellino,
 Que dieron al través en un bajío,
 Do pereció con otros del navío.

Acabó sumergido y ahogado
 Quien de clemencia nunca tuvo jugo,
 Mató sin culpa, y él murió culpado,
 Siendo las blandas aguas su verdugo,
 Y aun no sabemos si de su pecado
 En tan grave presura le desplugo,
 Por ser de tal furor aquel tormento
 Que debe de faltar conocimiento.

Al tiempo que Bastidas hizo ausencia
 Para volver adonde residía,
 Al Espira dejó con la tenencia
 Del gobierno, según él lo tenía,
 Muy en conformidad y complacencia
 De quien el mismo cargo pretendía,
 Por ser prudente todo lo posible,
 Y padre para todos apacible.

En esta coyuntura declarada,
 Fueron á Santa Marta y Cartagena
 Gentes del nuevo reino de Granada,
 Por el gran río de la Magdalena,
 Que de la prosperísima jornada
 Hicieron relacion no poco llena,
 Riquisimas cadenas en los cuellos,
 Y fué Pedro de Limpias uno dellos.

El cual á la Española hizo via,
 De esmeraldas la bolsa proveída,
 Donde sus hijos y mujer tenía
 Y do pensaba rematar su vida,
 La fama de riquezas ya corria
 Y por las islas dió tal estampida,
 Que en vaso de lijera carabela
 Pudo también llegar á Venezuela.

Como todos estaban á la mira,
 E va de Limpias viesen el recado,
 Cada cual gime, cada cual suspira,
 A causa de perder tan buen bocado,
 Levántanse los piés al George Espira,
 Y por volver mejor aderezado,
 A ver al Limpias su persona sola
 Determinó pasar á la Española.

Trajo caballos, trajo mercancia,
 Y para no llevar camino ciego,
 Vino Pedro de Limpias por su guia
 Vencido y alentado de su ruego,
 Y entre tanto que mas apercebía,
 A Lope de Montalvo mandó luego
 Con parte de la gente caminase
 Y en Barraquicimeto lo esperase.

Pero como no hay hora segura
 Desde que Montalvo hizo su partida,
 Espira procuró poner en cura
 De su persona la salud perdida,
 Mas no se le quitó la calentura
 Hasta tanto que le quitó la vida,
 Y así no procedieron los conciertos,
 Porque quedaron todos como muertos.

En indios y españoles hubo lloro,
 Lamentacion y tierno sentimiento,
 Y aun en cabellos de madejas de oro,
 Pues no faltó de damas ornamento,
 Y en el templo de la ciudad de Coro
 Celebraron aquel enterramiento,
 Do por don Joan Robledo le fué puesta
 Una letra latina como esta.

Mole sub hac Formuth requiescent ossa Georgi
 Qui inuis fatis, carus erat Supertis.
 Nominie fortis erat, superabat nomina facis,
 Natus in Espira, conditus hoc tumulo.

En aquesta sepultura Mas á su nombre venia
 Yace George Formud, La grandeza de su hecho,
 Vaso lleno de virtud, Fue de la ciudad de Espira,
 Mas vacío de ventura, De alemana parentela,
 Ser varon de fuerte pecho Y dentro de Venezuela,
 Su nombre nos lo decia, Le llegó la fatal ira.

Estando pues Montalvo detenido
 Do dije y en la tierra circunstante,
 Supo ser el Espira fallecido,
 Y sin avío ni favor bastante,
 De todos los soldados compelido,
 Procuró de pasar mas adelante,
 Y llegó con la gente memorada
 A este nuevo reino de Granada.

Filipe de Uten vió cómo venia,
 Pero no quiso ser en el concierto,
 Antes con una breve compañía
 Luego determinó volver al puerto,
 Como quien el gobierno pretendia,
 Que por su gran valor lo tuvo cierto,
 Y porque son prolijos sus procesos
 Después os contaremos los sucesos.

ELEGIA III.

A la muerte del gobernador Filipe de Uten, donde se cuenta la entrada que hizo y cosas en ella acontecidas.

CANTO PRIMERO.

Después que nos dió luz la verdadera,
 Y al mundo se mostró quien lo sustenta,
 Computadas las vueltas del esfera
 Donde febea lumbré se aposenta,
 Tomando del oca la carrera,
 Eran mil y quinientos y cuarenta
 Cuando Filipe de Uten, mozo tierno,
 Puso sobre sus hombros el gobierno.

Mas, puesto caso que en adolescencia
 Hombres valerosísimos regia,
 Su seso, su valor y su prudencia
 La falta de los dias encubria,
 Donde mostraba bien la descendencia
 Generosísima de do venia,
 Cuya virtud muy mas notoria fuera
 Si á su valor fortuna respondiera.

Obedecido con pregon solene,
 Y publicadas estas provisiones,
 Quiso ver otra vez el Papamene,
 Y escudriñar de choques los rincones,
 Por parecer á todos que conviene
 Ver el remate de sus poblaciones,
 Y con algunos para tal efecto
 Se partió para Barraquicimeto.

Para que por allí se entretuviese
 Y la gente mejor se sustentase,
 Y el resto de soldados lo siguiese
 Después que cada cual se preparase,
 Dejoles orden antes que se fuese,
 Y diestro capitán que los llevase;
 Mas antes que saliese del asiento
 De capitanes hizo nombramiento.

El maese de campo Limpias era
 Principal adalid á maravilla,
 Alcalde mayor Pedro de Ribera,
 Un noble caballero de Sevilla,
 Y Naveros llevaba la bandera,
 Dando del contador de aquella villa,
 El Arteaga, principal caudillo,
 Y con ellos Toribio de Vadillo.

Y Bartolomé Berzar, alemán,
 Hijo de generosa parentela,
 También Diego de Montes, cirujano,
 Y el padre Joan de Fructos, de Tudela,
 Con ellos Joan Dominguez Antillano,
 Joan de Guevara, Joan de Valenzuela,
 Pacheco, Joan Ibañez, vizcaino,
 Valdomea, Briceno y Palomino.

Fué también Joan Martinez Palomero,
 Y el de su natural Joan de la Rosa,
 Cada cual de los dos tan buen guerrero
 Que podian fríales cualquier cosa:
 Ansimismo volvió por compañero
 El Bartolomé Sanchez de Hermosa,
 Con otros que ponemos en historia
 Cuando los ofreciere la memoria.

Y el capitán Gonzalo de los Rios,
 Hoy en aquella tierra tesorero,
 Que por su gran valor y fuertes brios
 Bien podia tener lugar primero,
 Como quien en sangrientos desafíos
 Nunca dejó de ser el delantero;
 El cual también en las demas entradas
 Habia hecho cosas señaladas.

Como se iban pues apercebido,
 Los que seguían el guerrero bando,
 De la ciudad de Coro van saliendo
 Para do los estaban esperando:
 Arteaga los anda recogiendo,
 E yendo con cuarenta caminando,
 En unas angosturas, girararas
 Acudieron con flechas y con varas.

Y por ir descuidados del engaño,
 Picáronles las flechas y arpones:
 Hirieron á Trebejo y á Cataño
 Pasándole las armas y riñones;
 En indios de servicio hacen daño
 Quitándoles algunas municiones.
 Crece la furia deste torbellino
 Por una y otra parte del camino.

No sabiendo la gente qué se haga
 Para poder salir del angostura,
 Hábose de apeaar el Arteaga,
 Y fué subiendo por aquel altura,
 Vestido de escopil, espada y daga,
 Cubierto con el monte y espesura,
 Hasta tomar el alto de la frente
 Que tenia gran parte desta gente.

De los que mas cercanos se hallaron
 Tras Arteaga va gente rompida,
 Los cuales de tal suerte pelearon
 Que los indios pusieron en huida:
 Espaldas ensangrientan, y cobraron
 Hacienda que tenían ya perdida;
 Salieron todos luego del estrecho
 Y tomaron lugar mas á provecho.

Curaron á Trebejo, y á Cataño,
 Cuya herida fué mas intestina,
 Púes para clara muestra de su daño
 Por el mismo camino de la urina
 Salía presurosa por el caño
 No poca cantidad de sangre fina;
 Pero la cura fué por tal concierto
 Que de heridas fué ninguno muerto.

Signe mas adelante su camino
 El Arteaga con los que llevaba,
 Hasta tanto que ya con ellos vino
 Donde Filipe de Uten esperaba:
 Viendo después que para su destino
 El resto de la gente no llegaba,
 Mandó volver á Coro seis soldados,
 Valientes, sueltos y hombres arriscados.

Atravesando sierras conocidas
 Para llegar á los marinos puertos,
 De girararas, gentes atrevidas,
 Fueron estos soldados descubiertos;
 Que puesto que vendieron bien sus vidas,
 Al cabo todos ellos fueron muertos,
 También Pacheco, padre de doña Ana,
 Hoy en aquella tierra viva y sana.

El alemán, que espera mas pujanza,
 Ignora la desgracia sucedida,
 Muchos meses vivió con esperanza,
 Su gente fatigada y afligida;
 Y así viendo ser grande la tardanza,
 Con ciento y doce hizo su partida,
 Pues hacer otra cosa no podia
 Por la gran hambre que se padecia.

Pues á miseria y anihilamiento
 Era venida toda la grandeza
 Que solia tener cualquier asiento,
 Y tales los extremos de pobreza
 Que cimruocos eran alimento,
 Fructa que tiene forma de cereza,
 Y aun estos en los montes ya faltaban
 Por ser grande la priesa que les daban.

Huyendo de trabajos insufribles
 Llevó mas adelante sus soldados,
 Con otras desventuras mas terribles
 Por hallarse los campos anegados,
 Y demas de las hambres invencibles
 De tigres todas horas infestados,
 Cuyas entrañas fueron sepulturas
 De muchas racionales criaturas.

Y á un rocin que estaba descansando,
 De todos el mayor y mas crecido,
 Llevó mas de cien pasos arrastrando
 Un tigre, sin poder ser socorrido:
 Después la gente que lo va buscando
 Hallaron el pescuezo ya comido;
 Y un Alonso Garcia de Ribera
 También fué cebo de la bestia fiera.

Una noche velando con cuidado
 Y dentro de pajizos aposentos,
 Arrebató también otro soldado,
 Junto de Villagrán y de Barrientos:
 Gritos oyeron dar al desdichado,
 Despiertan los que estaban soñolientos,
 Ocorre luego cierta compañía
 Por dar vida á quien ya no la tenia.

Llegando cerca pues doce cristianos,
 Con Villagrán apechugó la plaga
 Llevándolo también, y allí cercanos
 Gonzalo de los Rios y Arteaga,
 Luego se lo quitaron de las manos,
 Puesto caso que no sin una llaga
 Que descubrió los huesos de la frente;
 El cual sanó por cura diligente.

En la misma comarea, se nos cuenta
 Estar en un buñio recogidos
 Indios en cantidad mas de cuarenta,
 Con palos gruesos muy fortalecidos;
 Mas al techo subió fiera hambrienta,
 Y sin aprovechar grandes ruidos,
 Saltó por la cumbre ya rompida,
 Y á todos ellos los dejó sin vida.

Continuando pues esta jornada
 Con el rigor que tengo referido,
 Dieron en el camino de Quesada
 Y Montalvo de Lugo, que salido
 Habian deste reino de Granada
 Con número de gente bien crecido,
 Dejando ya por aquellos desiertos
 Cantidad de indios y españoles muertos.

Iban también en busca del Dorado,
 Y así siguen tras ellos estas gentes
 Por un terreno cuasi despoblado,
 Rodeados de mil inconvenientes;
 Pasaron el Guauayare ya nombrado,
 Por caminos y pasos diferentes
 De cuando vieron antes esta tierra,
 Pues iban mas metidos en la sierra.

Porque Limpias decia, que conviene
 Seguir los pasos del amigo viejo,
 Y porque por oráculo se tiene
 De la gente comun aquel consejo,
 Vieron segunda vez el Papamene,
 Y pasaron también rio Bermejo,
 Do por la hambre ser tan escesiva
 Fué milagro quedar persona viva.

Van por tierras de todo bien estrañas,
Sin que reconociesen mejoría,
Rompiendo por tan ásperas montañas
Que cuasi luz del cielo no se vía:
Algunos ranchos hallan y cabañas
Absente dellas toda compañía,
Continuando siempre su jornada
Porrastró de Jimenez de Quesada.

Y así subir la sierra se procura,
Por subidas tan ásperas y malas,
Que para se poner en el altura
Eran bien menester ligeras alas:
Algunas veces van por Peña dura,
Otras con azadon hacen escalas,
Sin sillan y sin fustes los caballos
Para peder mejor encaminarlos.

Quien discrepa por los despeñaderos
Puede de solo Dios ser socorrido;
Camino les dejaron los primeros,
Pero ya lo hallaron destruido
A causa de terribles aguaceros
Con tempestuosísimo ruido,
Que por aquellas ásperas vertientes
Suelen en todo tiempo ser frecuentes.

Así que, las cansadas compañías,
Aquellas asperezas ya subidas,
En lo alto pararon ciertos días,
Por se hallar maíz y otras comidas;
Y aunque las casas de indios ya vacías,
A muchos fatigaron con heridas,
A causa de tener en las entradas
Gran cantidad de puyas soterradas.

Y en las labranzas en el suelo llano,
Do más acude la cudicia loca,
Y aun dentro del espiga de aquel grano,
Y en la madura fruta que provoca
A que la coja la hambrienta mano,
Con riesgo de los dedos y aun de boca,
No siempre remediado de Minerva,
Pues las mas destas puyas tienen yerba.

Son estos indios grandes carniceros,
Sin reservar hermano ni aun hermana;
Comunicanse desde los oteros
Por percibirse bien la voz humana,
Mas para ir fronteros á fronteros
Han menester salir bien de mañana,
Pues en los altos esta cercanía
Por las profundas vias se desvía.

Y así tres indios desta torpe gente,
Que los cristianos iban acechando,
Dieron con Artiaga de repente
Que revolvió tras ellos braveando;
Y por huir aquel inconveniente,
Del áspero camino, deslizando
Rodando se hicieron mil pedazos,
Cabezas, manos, piés, piernas y brazos.

Lo cual no tengo yo por maravilla,
Pues ya me vi con seis, gente de flecha
Viniedo solo por una cuchilla
De sierra, por los lados muy derecha:
Uno tras otro sube la cuadrilla
A causa de la senda ser estrecha;
Dióme su vista luego sobresalto,
Mas consoléme por tener el alto.

A todos fué la vista repentina,
No sé para cuál parte mas molesta,
Mas la mia seria muy aína
Con tener las tres piedras y la cuesta:
El escuadron feroz se determina,
El espada también se hizo presta;
El riesgo no consiente ser tardío,
Y el miedo mio proveyó de brío.

Apechugué con ellos denodado,
Con la rodela y el acero fino:
Apártanse del mozo desbarbado,
Y ocupados de grande desatino,
Van rodando por uno y otro lado,
Dejándome sin matas el camino,
E yo puse los piés en tal concierto
Que no curé de ver si se habían muerto.

Mas quiero concluir lo comenzado,
Volviéndome á la gente detenida,
Los cuales procuraron con cuidado
Buscar alguna buena descendida:
Esta fué con trabajo tan pesado,
Que no fué sin gran riesgo de la vida,
Hincando estacas y cavando tierra
Para mejor bajar aquella sierra.

Y aunque mas procuraban ayndallos
Para que descendiesen con gran tiento,
Al fin se despeñaron tres caballos
Que les sirvieron de mantenimiento,
Bajando por peñascos á buscallos
Con notable pasión y detrimento:
Y después de bajar despeñaderos
Dieron en cienagas y atascaderos.

Lo cual causó grandísima molinia
Por quedarse caballos y cristianos,
Puesto que echaron ramas y fagina
Sin descansar las mas baidagas manos;
Pero con todo esto se camina
Cuasi desesperados y mal sanos,
Hasta que ya llegó nuestro gentío
A la ribera de un potente río.

Donde hallaron árboles uveros,
Bien conocidos ya de los antiguos,
Que para los hambrientos compañeros
No dejaron de ser buenos amigos,
Por tener sus racimos muy enteros,
Las uvas dellos grandes como higos,
De gran suavidad y cordiales,
Y estos árboles son como nogales.

Fuera del río ya, dicho Montoa,
El cual pasaron trabajosamente
Unos á nado y otros en canoa,
Pedro de Limpias con alguna gente
Acia septentrion puso la proa,
Los otros á la parte del oriente;
Y así de tal manera caminaron
Que en tres meses ó mas no se juntaron.

El Limpias pues guiaba su camino
Por rastro de Jimenez de Quesada;
Los de Filipe de Uten van á tino
Por montañas de tierra desoplada,
Y una noche terrible torbellino
Cargó sobre la gente fatigada,
Del cual poder salir hombre nacido
Se tuvo por milagro conocido.

Por la ferocidad con que venia
El impetu terrible de los vientos,
Agua por alto y bajo combatia
Los miseros cansados y hambrientos;
Ninguno voz del otro percibia,
Ni salen bien formados los acentos,
Y aquel estruendo grave y el ruido
A todos los sacaba de sentido.

Invalenciendo la tormenta brava,
Roba de selvas hojas y matees;
A grosísimos árboles quebraba
De sus ramosos altos las cervices;
Y aquel que de su tronco confiaba,
Al cielo levantaba las raíces:
El remor, el sonido y estampida
Hace que desconfien de la vida.

Segun el gran ruido y alboroto
Parece de demonios ser dominio,
Terrible huracan nada remoto
De los portentos que nos cuenta Plinio,
Y con similitud del terremoto
Del tiempo de Tiberio y de Flaminio;
Mas, ó gran Dios, pues en males tan llenos
La tormenta ninguno hizo menos.

El fatigado y miserable bando,
Sin poder de un lugar hacer desvío,
A Dios de corazon están llamando,
De viento traspasados y rocío;
En tierra de calor están temblando,
Creo que de temor mas que de frío,
Y todos ellos con inmensa gana
De ver el resplandor de la mañana.

Estando con aquel mortal recelo
Que al mas fuerte varon enflaquecia,
Vieron el resplandor del turbio cielo,
Por donde conocieron ser de día;
De lo cual recibió muy gran consuelo,
La mas que miserable compañía,
El impetu terrible ya mas manso,
Pero todos ajenos de descanso.

Estando todos ellos empapados,
Prosiguen sus prolifas estacaciones:
Los pasos se hallaban ocupados
De las rompidas ramas y troncones;
Arbores prepotentes arrancados,
Que ceñir no pudieron seis varones,
No podia pasar rocín ni yegua,
Y esto por mas espacio de una legua.

Por lo mas escombrado buscan via,
Sin concluirse tiempo fortunoso,
Mas con estas zozobras aquel día
Salieron á lugar mas espacioso,
Y Cristóbal de Rivas tomó guia,
Como soldado diestro y animoso,
Con la cual saltaron un asiento
Adonde se halló mantenimiento.

Halláronse comidas de sustancia,
De que se proveyeron los soldados,
Y en obra de una legua de distancia
Treinta pueblos de indios bien poblados:
De Coagoa es la circunstancia,
Provincia de los choques ya nombrados;
Allí por se hallar tan buen gobierno
Pasaron lo restante del invierno.

Entre tanto que el campo se repara,
Salían á correr esta frontera
Mucha gente que aquí no se declara,
Con Bartolomé Berzar y Ribera,
Gonzalo de los Rios y Guevara,
Rivas, Olea, Pedro de Herrera,
Y Damián de Barrios y Barrientos,
Hombres que bien probaron sus intentos.

Fuera del campo todas estas gentes
Con los soldados de mayor provecho,
Rancheando por partes diferentes
Sin les acontecer notable hecho,
Conociendo los choques ser absentes
Por indios que ponian en acecho,
Mucha barbara gente se convoca
A dar en la cristiana, por ser poca.

Ciertos de sus inciertas confianzas,
Encubiertos por montes y quebradas,
Caminan las guerreras ordenanzas
Con paveses y adargas muy pintadas,
Gran número de dardos y de lanzas,
Con las puntas agudas y tostadas,
Y dan á mediodía de improviso
En los que reposaban sin aviso.

Y como fuese tanta la ventaja
Que hacian los dardos al espada,
Al buen Diego de Montes y á Gibaja
Hieren de la primera rociada;
El caso repentino los ataja,
Arma del español anda turbada,
Ocurren luego para los caballos,
Y á gran priesa procuran ensillallos.

Con golpes que le daban los atroces,
Diego de Montes anda fatigado:
Vivo lo llevan, y aun le dan de coces,
Cuasi lo tienen ya supeditado;
Acude para él Joan de Quincoces
Como valerosísimo soldado,
El cual del escuadron lo sacó vivo,
A pesar del ejército necivo.

Otro gran escuadron por hacer presa
A puerta de un buhio se abalanza,
Mas una mujer fuerte portuguesa
Arrebató en las manos una lanza,
Y lo hizo volver mal que le pesa
Con harto mas desorden que ordenanza,
Y en el conflicto hizo por su parte
Lo que pudo hacer el fiero Marte.

El dardo de los indios es el gallo,
Y las gallinas el espada y daga
De soldados algunos que me callo;
Mas ya Filipe de Uten y Artiaga
Salen armados ambos á caballo,
El escuadron rompiendo desta plaga,
Pero cierto gandul mas atrevido
Al buen Filipe de Uten ha herido.

Alojó del furor el varon fuerte
Por el grave dolor de la herida,
La cual terrible fué, mas no de muerte
Y menos español perdió la vida;
El cual indio, demas de la tal suerte
La lanza le tema muy asida,
Y viéndolos andar en este juego
El Martín de Arteaga vino luego.

Y así para venganza deste hecho,
No menos que leon determinado
Atravesóle el asta por el pecho
Y el hierro le salió por el costado,
Haciéndole soltar á su despecho
La lanza, del vivir desconfiado;
Mas antes de llegar eterno llanto,
Tres gritos tales dió que puso espanto.

Conociendo la sucia pestilencia
Ser de su capitán aquellos gritos,
Y como ya tenían esperiencia
No ser las picaduras de mosquitos
Determinaron de hacer ausencia
Dejando los recuentos y conflictos,
Y perdida la furia que se trajo,
Descuelgáanse por una cuesta abajo.

Fueron del Arteaga perseguidos
Sin dalles un momento de sosiego,
Pero los arcones de podridos
Faltaron, y él también se volvió luego
Al lugar donde estaban los heridos,
Pues fuera mas seguillos caso ciego;
Y en este duro trance, no pequeño
Valor manifestó Sancho Briceno.

Escarmentados pues de las rencillas,
Tuvo vigilancia conveniente:
Vinieron luego todas las cuadrillas,
Llegó Pedro de Limpias con su gente,
Que después que bajó por las orillas
Del río de Montoa prepotente,
En busca de Jimenez de Quesada
No se pudo juntar con el armada.

El cual Quesada, no sin harto gasto
De vidas, y perdido y estragado
De todos sus soldados el gran fasto
Había por las sierras declinado
Hasta llegar á términos de Pasto,
De gente de Pirú recién poblado;
Y así Limpias por ver estar distante
No curó de pasar mas adelante.

Por llevar cercenados los poderes
Y el número de gente ser pequeño:
Iba con él Naveros el alférez,
También Francisco Sanchez, estremeño,
Y Joan Galán, Leon, Salvador Perez,
Sarmiento, Santa Cruz y Joan Sedeno,
Con otros que serian hasta treinta,
Todos ellos soldados de gran cuenta.

Orilla de Montoa, con pesares
De no hallarse cosa de vianda,
Van indagando villas ó lugares,
Mas no hallaban por aquella banda
Sino cienagas grandes y balsares
Que perturbaban siempre su demanda,
Y un día por orilla de aquel río
Vieron con indios indico navío.

Los indios mas adentro se metieron,
Huyendo como vieron la cuadrilla,
Mas con señas de paz que les hicieron
Con recato volvieron á la orilla,
O por algun rescate que les dieron
Debióles parecer gente sencilla,
Y así por ruego de los castellanos
Llamaron otros indios comarcanos.